



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 21 de enero de 1996

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Nos encontramos en la Semana de oración por la unidad de los cristianos, y aprovecho con mucho gusto esta ocasión para dirigir la atención de todos los creyentes hacia el *compromiso ecuménico que caracterizó el concilio Vaticano II*. Este compromiso se manifestó particularmente en el decreto *Unitatis redintegratio*.

El Concilio, con razón, definió la división entre los cristianos un «escándalo» que «contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo» (*Unitatis redintegratio*, 1). En efecto, Jesús, mediante el don del Espíritu, hizo de sus discípulos un cuerpo solo, cuya Cabeza es Él mismo. Los padres conciliares sintieron la necesidad de pedir perdón a Dios y a los hermanos por los pecados cometidos contra la unidad, y también aseguraron ese perdón para las culpas de los demás (cf. *ib.*, 7). Exhortaron a los católicos a que «participen diligentemente en el trabajo ecuménico» (*ib.*, 4), para que muy pronto se haga plena la comunión imperfecta que ya existe entre las Iglesias y comunidades eclesiales. El Concilio invitó, sobre todo, a cultivar el auténtico «ecumenismo espiritual», constituido por un continuo esfuerzo de oración y de conversión.

2. Otro decreto conciliar, *Orientalium Ecclesiarum*, dedicado a las Iglesias de rito oriental en plena comunión con la Sede apostólica, no se opone a este espíritu; por el contrario, lo confirma. Con este decreto, el Concilio quiso honrar «las instituciones, los ritos litúrgicos, las tradiciones eclesásticas y la disciplina de la vida cristiana de las Iglesias orientales» (*Orientalium Ecclesiarum*, 1), declarando que ellas, al igual que las Iglesias de Occidente, «gozan del derecho y tienen el deber de regirse según sus respectivas disciplinas peculiares» (*ib.*, 5). Su antigua tradición constituye una verdadera *riqueza para la Iglesia entera*, tal como se vio en el mismo

Concilio gracias a la significativa contribución brindada precisamente por los católicos orientales. ¿Cómo olvidar la impresión profunda que suscitó el patriarca melquita de Antioquía, Máximo IV, cuando invitó de forma apremiante a los padres conciliares a «preservar el *lugar del ausente*», o sea de los hermanos ortodoxos, en espera de la plena comunión? Con la *Orientalium Ecclesiarum*, quedó de manifiesto que la meta tan deseada de la plena unidad no deberá llevar una uniformidad total, sino más bien a la integración de toda legítima diversidad en una comunión orgánica, de la que el sucesor de Pedro está llamado a ser servidor y garante.

3. Que la Virgen santísima, Madre de la unidad, nos haga oír con fuerza la voz del Señor que repite a sus discípulos: «*Mira que estoy a la puerta y llamo*» (Ap 3, 20), como recuerda oportunamente el tema de la Semana de oración por la unidad de los cristianos. El Señor Jesús llama a todos a una valiente y profunda revisión de vida, e impulsa a profundizar la pasión y el deseo ecuménico, mientras se acerca a grandes pasos el tercer milenio. Que la Madre de Cristo y de la Iglesia obtenga para todos los bautizados prontitud y fidelidad para responder al ardiente llamamiento del Redentor.